

que estaban antes flacos y cojos; son sueltos los que estaban presos en cárceles de pecados, *atados con hierro y pobreza* (Ps., 106, 10), y toma Dios por hijos adoptivos a los hijos de los hombres, y como San Agustín dice: *Murió el único, porque no quedase [solo]* (14); quiere decir: porque tuviese compañeros y hermanos, que juntamente con Él gozasen de nombre de hijos de Dios, y de la esperanza de ser herederos del cielo.

¿Quién no ve, considerando estas cosas, cuán gran razón hay para que bienes de tanto valor, preciosos y eternos, sean celebrados con grandísimo gozo de dentro y de fuera, así para honra de Jesucristo nuestro Señor, que nos lo ganó, como por el grandísimo bien que a nosotros nos vino?

Providencia divina es ésta del Altísimo Padre, que ha manifestado con tales efectos, que fueron mentirosos los que mal sentían de su unigénito Hijo, cuando llevándolo a crucificar, y después de crucificado, decían: «Mirad en lo que ha parado este hombre, sus sermones, milagros y la gente que le creía: Él condenado a muerte, sus discípulos huídos, y todo acabado y perdido.»

Sean, Señor, confundidos los labios que hablan mentira (Ps., 96); y los corazones ciegos, que pensaban que su doctrina y su vida era humana invención, y no obra vuestra, sepan, que aunque pusieron en cruz y entre dos ladrones a vuestro único Hijo, procurando de envolverlo con los malhechores para que la memoria de Él fuese olvidada como la de ellos, y que no hubiese hombre que creyese en Él, ni aun lo osase nombrar, que ha de ser todo al contrario de lo que pensaron, hablaron y procuraron; y que todo lo que hicieron, no sólo no les aprovecha para salir con su mal intento, mas que fué, como dicen, echar aceite en el fuego: porque tanto más honrado y amado fué, y es, y será para siempre vuestro benditísimo Hijo, cuanto más mal ellos le hicieron y desearon hacer, persiguiéndole con odio rabioso, y Él padeciendo con vuestra obediencia y amor.

Sepan, Señor, aquellos malos, que cuando pensaban que los negocios de vuestro único Hijo estaban per-

(14) [*Solo*]; el autor traduce *uno*, latinismo, que en español moderno significa lo contrario de lo que se pretende.

didados, entonces comienzan a reverdecen con fuerza divina, la cual tanto más resplandece y se manifiesta, cuanto menos hay de humano favor, y más hay de humano desfavor. No esté, Señor, esta lumbre, encendida por Vos, debajo del candelero; sea pública en el mundo; sepan todos el preciosísimo y abundantísimo fruto que se siguió de morir nuestro Señor Jesucristo por el bien de los hombres; salgan a público, y hágase alarde de la gente que ganó, no derramando ajena sangre con lanza en la mano, mas siendo sus sacratísimas manos rompidas con clavos; y con nuevo y nunca visto modo de victoria, derramando su propia Sangre y muriendo, fué vencedor.

Haced, Señor, que en lugar de un pueblo que blasfemaba de Él y tenía por acabada su fe y los que le creían, salgan mañana pueblos innumerables en todo el mundo, llenos de grande regocijo, creyendo firmemente con el corazón, y confesando devotamente con la boca, que por los merecimientos de la muerte y Pasión de Jesucristo nuestro Señor han recibido la sagrada lumbre de vuestra fe, conociendo por un solo y verdadero Dios al Padre, Hijo y Espíritu Santo, y todo lo demás que enseña la santa Iglesia católica.

Salgan también mañana con el Redentor los muchos cautivos que en diversos pecados mortales estaban, haciéndole gracias y confesando que, por la sagrada Pasión de Él, les fué dado socorro con que hiciesen penitencia de su mala vida, por la cual el demonio los tenía cautivos, y mediante los santos Sacramentos que en la Iglesia hay, recibiesen el perdón y la gracia. Vayan mañana con el celestial Médico, regocijándose con Él los que han sido sanos, por los merecimientos de su Pasión, de largas y espirituales enfermedades, dándole gloria y agradecimiento. Y todos mañana se acuerden, y cada uno en particular, del tiempo que el Señor le ha sufrido cuando vivía en pecado, y de peligros de cuerpo y de ánima de que le ha librado; de las flaquezas y enfermedades espirituales de que le ha sanado, de las buenas obras que le ha hecho; y agradeciéndolo todo a esta sagrada Pasión, fuente de todo nuestro bien y remedio, cante cada uno con devoción al Señor aquel cantar de David: *Anima mía, bendice al Señor, y toda las cosas que dentro de mí están bendigan a su santo Nombre; porque Él ha sido manso y perdo-*

nador de todas tus maldades, y Él sana todas tus enfermedades, conserva tu vida que no caiga en muerte, y corónate con misericordia y misericordias (Ps., 102, 1, 4).

Salgamos todos, todos por esas calles mañana con este Señor, protestando que Él es nuestro verdadero Criador y Pastor, y nosotros, por su gracia, *ovejas de su rebaño (Ps., 94, 7)*, que nos quitó de la boca del lobo infernal, y nos ganó y salvó con su Sangre preciosa; y démosle gracias porque nos libró del reino del pecado, que nos tenía sujetos, de la crueldad del demonio, de las penas del infierno, e incorporándonos en su Cuerpo, tomónos por sus hermanos, y dió-nos esperanza de reinar con Él en el cielo.

¿Quién no dará saltos de placer, mirando que ha escapado de la suciedad de la carne, de la amargura de la malquerencia, hinchazón de la soberbia y de otros muchos pecados en que se acuerda que anduvo, y ha pasado a la limpieza de la castidad, a la luz de la humildad, y a la blandura de [la] caridad, con la cual ama a los buenos en Dios, y a los malos por amor de Dios?

¿Quién habrá que considerando que le ha dado Dios conjeturas que le ha perdonado sus pecados pasados, y, como dice David, *los ha alejado tanto de nosotros cuanto hay de Oriente a Poniente (Ps., 102, 12)*, no cantará con alegría: *Digan los que son redimidos del enemigo por el Señor, y los ha juntado tornándolos a sí mismos de los sueltos derramamientos que antes tenían (Ps., 106, 2): Alaben al Señor sus misericordias, y sus maravillas en los hijos de los hombres? (l. c., v. 8)*. Que así lo hacen los que han estado muchos años presos y metidos los pies en cadenas y grillos, que cuando salen de allí no se hartan de dar saltos de placer, dando gracias a Dios, ejercitando los miembros que antes habían tenido impedidos.

Sean, pues, *nuestras voces nuevas, corazones y obras (15)* y renovándonos con la gracia del Señor, y apartando de nos el pecado, por pegado que esté con nosotros, corramos mañana con nuestro Señor, humildes, devotos y agradecidos, y tan regocijados de dentro y de fuera, que demos a entender a todo

(15) *Nova sint omnia: corda, voces et opera.* (Del himno *Sacris solemniis.*)

el mundo que estamos tan gozosos y ricos con tenerle a Él por Señor, y con las mercedes que nos ha hecho, y con la esperanza de las que nos ha de hacer, que de muy llenos de alegría, ni cabemos dentro de nosotros, ni en nuestras casas, ni en los templos, y que salimos a lo ancho de las calles y plazas a mostrar con exteriores señales la grandeza del gozo que dentro de nosotros tenemos, acompañando, y dando gloria, y celebrando triunfo al Señor, que nos rescató de cautivos, muy mejor que los que David rescató de los amalecitas, los cuales iban delante de él, y los que lo oían decían: *Esta es la presa que ganó David* (1 Reg., 30, 20). Véannos a nosotros mañana todos los hombres de toda la tierra, miren los ángeles y santos del cielo, y sepan que somos presa, que nos rescató y ganó Jesucristo nuestro Señor, y lo llevamos en la procesión con agradecimiento y confesión de que es Él nuestro Criador [y] Redentor, y esperamos que será nuestro Glorificador.

Y porque nosotros no bastamos a hacer esto como se debe hacer, rogamos a la tierra y al cielo nos ayuden a dar a Cristo la honra y el agradecimiento que le son debidos.

7.—*Cómo ha de ser nuestro público regocijo.*

De lo dicho se saca muy claramente la respuesta de la pregunta ya dicha; y es, que como en la Semana Santa sentimos y lloramos la Pasión del Señor, teniendo cuenta cómo le fué muy penosa por nuestros pecados, así mañana, considerando que de la Pasión del Señor nació honra y señorío para Él y grandes bienes para nosotros, nos gozamos con Él y manifestamos con exteriores señales de alegría el agradecimiento de los bienes que por su sagrada Pasión nos vinieron.

Y también sacaremos de aquí la medida con que hemos de tomar mañana este gozo. Porque así como tienen compañía causa y efecto, así es razón que ni la pena, que por la sagrada Pasión se toma, sea sin algún consuelo, ni el gozo que por sus efectos se toma sea solo, mas que vaya mezclado con las tiernas y dulces lágrimas que de la memoria de la Pasión del Señor suelen nacer. Los que en el cielo se gozan con el Señor tienen justísima causa para beber puro

el vino de su alegría, aunque se acuerden que la alcanzaron mediante la amargura de la Pasión que por ellos padeció el Hijo de Dios; porque están seguros de que ya para siempre no perderán su alegría, y certificados que no quiere Dios que mezclen tristeza con ella en mucho ni en poco; y aunque ellos la quisiesen mezclar, Él no concurrirá con ellos, y por eso no se seguirá tal efecto. Porque así como, por castigo de su justicia, estará para siempre lejos de los del infierno cualquier alegría, por pequeña que sea (*Mt.*, 8), así, por su grande misericordia, huirá muy lejos de los que están en el cielo, dolor, gemido, tristeza y cualquiera cosa que les dé pena en poco o en mucho (*Apoc.*, 9).

Esto, hermanos, es lenguaje del cielo; mas los que en este destierro vivimos, y no sabemos cuánto durará nuestra perseverancia en el bien, y que no nos ha vedado Dios, antes mandado que tomemos saludable tristeza, debemos celebrar estas santas festividades con gozo por el bien que tenemos, y mezcla de temor porque lo podemos perder, y de tristeza —aunque no desabrida—, por los dolores que nuestro gozo al Señor costó.

Lo cual no es invención mía, sino doctrina que nos da la santa Iglesia en la dicha *Clementina* (16), enseñándonos con lumbre del cielo cómo hemos de celebrar la festividad de mañana, por estas palabras: «Esta es la gloriosa memoria que hinche de saludable gozo los corazones de los fieles, y juntamente les da devoción de lágrimas. Con alegría gozámonos, y con razón hacemos memoria de cómo fuimos libertados; y acordándonos de la Pasión del Señor, por la cual nos vino esta libertad, dificultosamente podemos retener las lágrimas, que no corran de nuestros ojos. De manera, que en esta sacratísima conmemoración tenemos juntamente gozo de suavidad y acompañamiento de lágrimas; porque nos gozamos derramando lágrimas, y derramando lágrimas nos gozamos devotamente, teniendo alegres lágrimas y alegría llorosa; porque el corazón lleno de grande gozo destila dulces gotas de agua.» Todo esto dice la dicha *Clementina*, y de ello sacaremos doctrina de la templanza que han de llevar mañana nuestros

corazones; conviene a saber, que vayan gozosos y tiernos acompañando al Señor.

Y también se nos da entender, que mañana no es día de representaciones dolorosas de la Pasión del Señor, pues que no se celebra con la amargura de la Semana Santa, mas por el bien que causó, según hemos dicho.

Y pues las tales representaciones, siendo tan santas en sí, no vienen bien con la procesión de mañana, por parecer cosa fuera del tiempo, claro está que muy menos se deben consentir otros juegos que en todo tiempo son indecentes, sino que todo vaya conforme al contentamiento de este Señor, a quien se hace la fiesta. Para lo cual conviene, y muy mucho, que ninguna cosa, chica ni grande, se represente, haga ni diga, que no sea examinada por persona grave y sabia; y que no se contente con que no haya en estas cosas palabras de error ni deshonestidad manifiesta; y que tenga sentido cristiano y espíritu del Señor, para gustar qué cantares y representaciones le agradarán a este Señor a quien se hace la fiesta; el cual, como es muy grave y honesto, y le parece mal cualquiera ociosa palabra, cualquier hecho que no vaya acompañado con mucha honestidad y decencia, claro está que lo que en todo tiempo y lugar no le parece bien, peor le parecerá en su santo día, procesión y presencia.

Graves yerros he visto y oído cerca de esto, y mucho se debe mirar que sea muy calificada la persona a quien se comete este examen; y ésta hallada, mandar, so graves penas, que ninguna cosa se haga ni diga en esta ni en otras festividades, sin ser examinado por ella; porque de otra manera, más sería renovar al Señor las penas de su Pasión, que darle gozo, pues no ve obrados en nosotros los efectos de ella.

Y esto sea a todos notorio, que lo que el Señor pretende en todas sus obras y festividades no es que tomemos alegría vana, de la cual ordinariamente se sigue algún daño del ánima, mas la ganancia de nuestras almas y santificación nuestra; y por eso todo lo ordenado en las fiestas ha de ir conforme a este fin.

[Las representaciones, a la tarde vienen mejor que se hagan] (17).

8.—«A mis hermanos busco.»

Este provecho de nuestras almas le trajo del cielo a la tierra; éste le puso la cruz en los hombros; y a quien le preguntara, yendo por la calle de la Amargura cargado con ella: «Señor, ¿dónde vais? ¿y por qué vais así tan ajenamente tratado de como Vos merecéis?», respondiera el Señor lo que José cuando le envió su padre a visitar sus hermanos, y andando fuera de camino, le preguntó uno qué buscaba, y él respondió (*Gen.*, 37, 16): *A mis hermanos busco.* ¡Oh váleme Dios, y cuán fuera de su camino iba el Señor aquel día, pues que el padecer pena no conviene a quien no tiene culpa, y el morir no es cosa que cabe en el Inmortal! Mas estas obras tan ajenas de Él, mirada su justicia y su omnipotencia, tomó el Señor y se abrazó con ellas por obrar su misericordia para con los hombres. *que es obra muy propia suya*, como lo había profetizado Isaías (62, 11): Que por obrar el Señor su obra propia, *obró cosas muy ajenas de Sí*; y aquel salir de su propio camino, y aquello que parece ser fuera de camino, fué entrar más en él, pues las obras de su misericordia son a Él más honrosas y para los hombres más provechosas, y por eso las usamos.

Estaban los hombres fuera de su propio camino—el cual es la Ley de Dios—, y como dice Isaías (53, 6): *Todos nosotros erramos, cada uno por su parte, como ovejas perdidas*; y si el piadoso Señor no saliera del camino de su descanso e inmortal (no porque perdiese lo que tenía, mas porque tomó la sacra Humanidad mortal y pasible, para en ella pagar las culpas de los errados y descaminados), nunca encontrara con ellos, ni los trajera a camino, ni los ganara.

Todo lo cual os he dicho para que sepáis que aquel mismo deseo de buscarnos y santificarnos que le sacó del sacratísimo seno del Padre, donde estaba invisible e impasible, y lo puso humanado, sujeto a trabajos y muerte en este mundo, y lo hizo predicar en templos, en casas, en calles, en plazas, en montes, en tierra y en mar, convidando a los hombres con el remedio que Él traía para todos los males que ellos tuviesen, y rogándoles que se aparejasen con penitencia para gozar de los dulcísimos frutos de su vida trabajos y muerte, que son eterna salud; ese mismo

deseo le sacaré mañana de su casa, que es el templo, de su Sagrario donde está escondido, a ir por nuestras calles en la procesión.

Y a quien de esto se maravillare, y le preguntare: ¿Qué a Vos, Señor, con pasear nuestras calles de tierra, viles y estrechas, pues tenéis por vuestras las anchuras del cielo en que lo hacer? ¿No basta lo que paseasteis por la tierra de promisión con mucho trabajo, viviendo en carne mortal, sin que, ahora que tenéis cuerpo inmortal y glorioso, y está colocado en el cielo a la diestra del Padre, andéis por las calles de vuestro destierro, que no son propio camino vuestro, pues por ser lugar de corrupción no son lugar de cuerpo glorioso, que es incorruptible? ¿Sabéis qué responderá el Señor a quien esto le preguntare? Todo eso sé yo; mas quiero que sepáis vosotros, que así como el Padre me envió por mi Encarnación a visitar los hombres, hermanos míos, y anduve caminos extraños de Mí por los remediar, así por ordenación de mi Padre salgo de mi Sagrario, y voy por estas calles *a buscar mis hermanos*, para darles el fruto de mi muerte, que con ferventísimo amor por ellos pasé.

¡Oh entrañas dulcísimas ¡Oh amor inefable! ¡Oh amoroso fuego, que siempre ardes y nunca te apagas! ¡Oh Corazón más ancho que el cielo para sufrirnos y meternos en Ti, y buscar lo que nos cumple! ¿Quién contará los caminos que tienes para buscar el remedio, aun de los que huyen de Ti? Estás tan lleno del deseo de nuestro bien, es tanto el amor que en tu Corazón reina, que parece mañana que no cabes en tu templo, por grande que sea, y que la gente que allí te va a ver en la Misa, te parece poca, con el deseo que tienes de abrazar a todos; y lastimado de lo que pierden los que no van a Ti, y como madre ansiosa y cuidadosa del remedio de sus hijos, sales a las calles y lugares públicos, y según está escrito, predicas en público, y das voces en las plazas diciendo: *Si alguno es pequeñuelo, venga a mí* (Prov., 9, 4).

¡Oh Sabiduría eterna del Padre, cuán callado parece que vas, puesto en las andas, debajo de las cortinas y accidentes de pan! Mas quien fuese digno de alcanzar de Ti unos ojos y vista espiritual que pudiese penetrar hasta ver tu amorosísimo Corazón, y tuviese tales orejas espirituales que te pudiesen

oír; este tal entendería, que así como cuando vivías en esta vida mortal, predicabas y con voz alta decías: *Si alguno ha sed, venga y beba (Jn., 7, 37). Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé (Mt., 11, 28)*, eso mismo que entonces decía tu lengua, dice ahora tu Corazón yendo en las andas. Porque aunque entonces era oída tu voz y ahora no; mas tu amor con que entonces hablabas, y ahora vas de esta manera, uno es; el cual no te deja descansar, y te mueve a buscar unos medios y otros, hasta que acabes tu deseada obra del bien de los hombres. Porque aunque tienes acabado con tu Eterno Padre que perdone y reciba a su gracia a los pecadores que por penitencia se convirtieren a Él, y alcanzar esto te costó a Ti tu vida; mas si el hombre no se apareja para recibir esta gracia, ninguna cosa le aprovechará haberla Tú alcanzado en la cruz. Y por eso, Señor, este cuidado te queda ahora, de acabar con los hombres que quieran ellos descubrir el perdón y la gracia; lo cual ellos habían de rogar, andando tras Ti, y aun trabajar hasta la muerte, porque se la dices.

Esta dureza de corazón que en los hombres, Señor, hallas, con que no quieren recibir rogados aquello por lo cual ellos habían de rogar y dar la vida por ello, ésta te saca de tu casa propia, y te lleva por las calles, dando tu Corazón altísimas voces (*Mt., 11*): *¡Venid a mí todos los que estáis perdidos; gozad de mi redención; que yo os daré remedio para cualquier mal que tengáis!*

Y como cuando entonces, Señor, salías por las calles, sanabas enfermos, convertías pecadores, y hacías otras obras de misericordia a los que las querían recibir; así, si ahora hubiese quien entendiese que vas en aquellas andas mañana con el mismo amor que andabas cuando vivías vida mortal, y cuando fuiste con la cruz a cuestras a padecer por los hombres, y si te oyesen que vas diciendo en tu Corazón: «Aquí voy, hombres, en esta procesión, en testimonio que no estoy arrepentido de haber andado la otra al monte Calvario, sudando y derramando sangre por vuestro remedio; y si es menester tornar otra vez a pasar lo que allí pasé, y a morir en la cruz, todo lo que se me pidiere haré y sufriré, porque tu ánima no se pierda, mas alcance la eterna salud», ¿quién, Señor, que esto sintiese, se defendería de tu porfiada recuesta de amor?

Y viendo que sales a buscar por las calles aun a los que no te van a buscar en tu templo, y vas a convidar con tu vista aun a los que no te quieren ver, ¿quién quedaría sin rendirse de todo su corazón a la obediencia de tus mandamientos, y alanzar todo pecado de sí?

¡Ay de tanta dureza, que tan grandes bienes impide, y hace salir en balde la salida del Señor a pasear nuestras calles, que era para hacer su oficio acostumbreado, de curar los enfermos y pecadores que a Él se llegasen!

Acordaos que cuenta el Santo Evangelio (Mc., 5, 24), que yendo el Señor a resucitar una moza difunta, *acompañado de mucha gente*, se llegó por detrás de Él una mujer enferma *por tiempo de doce años, que habia gastado su hacienda en curarse*, y lo que había sacado de la cura era, que siendo primero rica y enferma, había quedado enferma y pobre, y sin esperanza de humano remedio; mas hallólo en Jesucristo nuestro Señor, *diciendo en su corazón: Si yo pudiese llegar y tocar el cabo de las vestiduras de este Señor*, confió en Él que luego alcanzaría salud: llegó y tocó, y en tocando fué sana, correspondiendo al corazón de la buena mujer la misericordia de Cristo; el cual preguntó a los que iban allí: *¿Quién me tocó?* Y respondió San Pedro: *Maestro, apriétate la muchedumbre de la gente, y Tú dices: ¿Quién me tocó?* A lo cual respondió el Señor, dando a entender que no llamaba Él tocarle al apretarle: *Alguno me tocó, que yo he sentido salir virtud de mí* (Lc., 8, 46).

¡Oh si tanta merced nos hiciese mañana este Señor en la procesión, que hubiese algunos corazones deseosos de salud, devotos al Señor, confiados de su misericordia, que fuesen curados (18) de Él! Pues que han de ir mañana con Él muchos que están enfermos en sus ánimas, no hay que dudar. Unos llevarán enfermedades de pecados mortales—; librenos de ellos la misericordia de Dios!—; otros veniales, otros malas inclinaciones y malas costumbres, que por ventura les han durado doce años, como a la otra mujer la enfermedad del cuerpo, y aun puede ser que más. Y llegará cerca de nos el Médico Omnipotente con gran voluntad de curarnos, y rogándonos con la cura, y aun pagándonos porque nos queramos curar; y por no ha-

(18) Las ediciones consultadas dicen *criados*.

ber quien *le toque*, como le tocó la otra mujer, acabada la procesión y hecha nuestra cuenta, hallamos que nos traemos a casa nuestros pecados y malas inclinaciones tan enteros como estaban de antes; y plega a Dios no volvamos peores que fuimos.

¿Sabéis qué es *tocar* al Señor para alcanzar salud de Él? Creerle con la fe católica, conocer las propias culpas, pesarle de haberlas hecho, proponer la enmienda y la confesión, tener confianza que por las llagas que padeció Jesucristo nuestro Señor en su sagrado cuerpo, manos y pies—que es *lo postrero de su vestidura*—, recibirá perdón de sus pecados y salud de sus llagas, y saliendo a la procesión malo y enfermo, tornará justificado y con salud de su ánima.

¡Oh Señor!, qué alegre procesión y hora es aquella para Vos, cuando halláis por esas calles *una oveja perdida* (Mt., 18, 12), que deja sus pecados y viene a Vos, y consiente que la toméis encima de vuestros hombros y la llevéis a vuestra Iglesia, y confesándose y comulgándose, se junta con las otras de vuestro rebaño, que están en vuestra santa gracia y amor. ¡Oh si muchas ganancias hubiese de estas en la procesión de mañana!

9.—Los que aprietan al Señor ¡y no le tocan!

Mas ¡ay dolor!, que temo que acaece lo que dice San Pedro: Que *las compañías aprietan al Señor*, y apretándole, no le tocan. Aquellas gentes, de buena gana iban acompañando al Señor, y por ir cada uno más cerca de Él se apretaban unos a otros, y también le apretarían a Él; y tocándole tantos con el cuerpo, no le tocó provechosamente sino aquella mujer. ¿Habéis visto y mirado cómo lo mismo pasa a la letra entre nosotros? Vamos con el Señor por las calles con mucho regocijo y contentamiento; procuramos el lugar más cercano para ir junto con Él; y algunas veces habéis visto y oído decir, que en los templos y en las procesiones hay contiendas, y aun más adelante, sobre quién estará en el lugar más honrado y más cercano al Señor—¡cosa muy desacatada es, y muy castigada será!—; y con ir así, descuidados de sentir el ánima la dulcedumbre de la presencia del Señor, embebecidos en mirar los regocijos y juegos exteriores, sin orden, sin aparejo, sin pureza de ánima,

sin dolor de pecados, sin quererse aprovechar de aquella omnipotente virtud, poderosa para remedio de todos los males, ofrecémosle al Señor sólo el cuerpo con que allí le hacemos presencia y acompañamiento, y vamos apartados según el ánimo; y de esta manera, aunque vamos cerca, *apretámosle y no le tocamos*.

¿Queréis ver esto más claro? ¿Qué cosa es *apretar un cuerpo*, sino quererle hacer que quepa en menor lugar del que le es justo y debido? Y así como el lugar donde el inmenso Dios ha de morar en nosotros ha de ser estimarle, amarle sin tasa y sobre toda medida, amándole sobre todas las cosas de la tierra y del cielo, y amándole más que a nosotros mismos, si tú, cristiano, no das a Dios tu corazón ensanchado con la grandeza y anchura de esta reverencia y amor, quiéreslo meter en lugar pequeño, quiéreslo pagar con amor pequeño, y Él quejase y dice: *El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí* (Mt., 10, 37). Y si tú fueses un infiel que carece de fe, diríamos: «Ningún lugar tiene allí Dios, y en el corazón y entendimiento de aquel hombre, es Dios como si no fuese»; porque sin la fe verdadera, que es el fundamento y principio de todo bien, no hay estima ni amor del Señor. Mas tú, que por una parte tienes la fe católica y verdadera, y celebras mañana esta santa festividad con acompañar y reverenciar al Señor; y por otra parte no llevas en tu ánimo aquella anchura espiritual de corazón, amando al Señor sobre todas las cosas, llegaste con la fe, llegaste con el cuerpo, llegaste con las ceremonias corporales no más; aprietasle malamente; y cuando te mira no se podrá decir con verdad: *Verá, y será harto*; mas tiene todavía grandísima hambre de ver puesta tu ánimo en estado de gracia, y que tornases a tu casa libertado de los pecados que trajiste a la procesión.

Gran dolor es que yendo con un Señor que te puede y quiere descargar de la pesada carga de tus pecados, que basta para llevar a un hombre al infierno, quieras tú más quedarte en estado de condenación con tus pecados auestas, que ser libertado y correr por los mandamientos de Dios con ligereza de ciervo.

10.—*Profanación del día del Corpus* (19).

Mas aun, lo que peor es y más de doler, y que basta para hacer reventar de dolor al cristiano corazón que tiene amor al Señor, es que en la misma fiesta de su sacratísimo Cuerpo, en la misma presencia del mismo Señor, en el día diputado para que *vea y se harte* y descanse en pago de que su *ánima* trabajó en su sagrada Pasión, allí, allí le ofendes, cristiano, y sin ninguna vergüenza alzas los ojos, que habían de ir fijos en el Señor, y cébaslos en las *faces* (20) de las mujeres, y en tu corazón las codicias. Y si en esta desmesura cayese sola la gente del vulgo, que, como dice Jeremías: *¡Por ventura ignoran el juicio del Señor!* (Jer., 5, 4), mas aun también la gente principal, y cuanto más si es eclesiástica, los cuales, unos y otros deben tener más entendida y puesta por obra la voluntad del Señor, ¿quién tendrá corazón para lo sufrir? ¿quién lengua para lo hablar?, sino para decir con Jeremías (5, 5): *Mirad, que estos tales quebraron más el yugo, y rompieron las cadenas del mandamiento de Dios* (Jer., 9, 1-2): *¿Quién dará agua para mi cabeza, y para mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré de día y de noche los muertos de la hija de mi pueblo? ¿Quién me llevará a la soledad, por donde pasan los caminantes, y desampararé a mi pueblo, y apartarme he de ellos, porque son adúlteros y junta de pecadores?*

¡Oh día santo y solemne del Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, y cuán poco descanso y hartura le das a Él, y tan poca ganancia a las ánimas, por el mal aparejo con que lo celebramos! ¡Oh cristiano ejército del gran Capitán Jesucristo, que tan esforzado solías ser para vencer las pasiones de [la] carne, para negar la propia voluntad, y que te ofrecías de muy buena gana a la muerte por la honra de tu Señor!, ¿quién te ha hecho, con miserable trueco, tan flaco, que en un día del Señor, en un rato, y en la misma presencia del Señor, no tengas fuerza para dejar de mirar y codiciar una mujer, teniendo delante de ti a Dios humanado, en el cual con mucha razón, con gran provecho y deleite podrás cebar hoy tu vista, y em-

(19) Sobre este asunto, véase el Tratado 13.

(20) *Faces*: caras, rostros.

plear todo el amor de tu corazón? ¿Por qué haces cosa tan al revés? ¿No sabes que saliste hoy acá para dar testimonio que, por la Pasión de Jesucristo nuestro Señor (Col., 1, 13) *te libró Dios Padre del poder de las tinieblas, y te pasó al Reino del Hijo*, que es limpieza, gracia y justicia?

Y ¿cómo se dirá de ti, que eres *la presa* y despojo que nuestro *David* libertó del poder de las amalecitas (1 Reg., 30, 20), si, por el pecado en que estás, te tiene el demonio en cruel cautiverio, y estás hecho miserable presa de él, haciendo que se pierda en ti lo mucho que el Señor trabajó por te ganar, para que viéndote recibiese descanso; y en lugar de esto, apriétasle con la dureza de tu corazón, lastímasle cuanto es en ti con nuevas heridas?

Y aunque allí va callando en el Sacramento a tu parecer, mas en la verdad, quejándose va de la crueldad que usas con Él, según está escrito: *A quien Tú heriste, ellos persiguieron, y sobre el dolor de mis heridas, añadieron dolor* (Ps., 68, 27). El Eterno Padre le hirió por nuestros pecados, y dióse por contenta y satisfecha la divina Justicia con lo que el Señor por ellos padeció; y siendo razón que le ofrecieses mañana corazón confesado, comulgado y ataviado con buenas obras, en el cual Él reposase de los trabajos pasados, y *viere* tu limpieza y virtud, y *se hartase*, dasle en lugar de esta miel, amarguísima hiel, renovándole las antiguas heridas con las nuevas de los nuevos pecados que en su fiesta cometes. Y *herir sobre herida*, es cosa de gran dolor; y así lo es para el Señor hallarte ingrato al beneficio de su amor, y de la sangre que por ti derramó. Y habiendo sembrado uvas de dulcísimos beneficios en ti, haces tú que el fruto que coja sean abrojos y espinas.

¡Vergüenza, vergüenza, cristianos, de tan gran fealdad! ¡Compasión, compasión de lo que trabajó el ánima del Señor en su procesión al monte Calvario y muerte de cruz! Trabajemos, aunque nos cueste la vida, de dejar los pecados, e ir como humildes, pacíficos, devotos, y tales, que el Señor que nos mira, *vea* y *se harte*. Ninguno de cuantos allí vamos, por chico que sea, hay que no muriese Cristo por él; ninguno hay, grande ni chico, varón ni mujer, que no vaya allí con agradecimiento de esta merced y con limpia conciencia.

Principalmente tienen esta obligación las personas

principales, eclesiásticas y seglares, los cuales tanto deben exceder a los menores, y ser singulares en el servir y agradar con mayores virtudes a este Señor, cuanto más singulares son en haber recibido mercedes de Él, y en representar la persona de Dios por el público oficio que de Él recibieron. Y pues [no] son personas particulares, no se contenten con su bien particular; mas si quieren que su modestia y devoción que mañana lleven, sea de doblado merecimiento y garladón, no consientan que la otra gente vaya como no debe, porque no pierdan el bien propio por el mal ajeno; pues de los tales se dice, que «el no resistir es consentir y aprobar».

11.—*Santifiquemos el día del Señor.*

Los sacerdotes que llevarán mañana en las andas al gran Señor, a quien adoran y reverencian los ángeles, agradézcanle mucho que se quiere servir de los hombros de ellos, y que sufran calor, y que suden; y esperen por ello galardón muy grande del liberalísimo Señor que sobre sí llevan; y acuérdense del trabajo que el Señor pasó llevando a ellos y a todos sobre sus hombros en el día de su Pasión, y sacarán ellos fuerza para sufrir el propio suyo con mucha paciencia y aun con alegría; y estén avisados, no sea más falta de devoción que de fuerzas corporales el sentir mucho el peso de las andas, el calor del sol, la longura del camino; que sería [cosa] muy vergonzosa.

Los legos que tienen hacienda, den mañana para rescate de algún cautivo, o saquen de la cárcel algún preso por deudas, en honra y agradecimiento de la dichosa redención de nuestro espiritual cautiverio, y de la libertad de las cadenas en que nos tenían nuestros pecados, que se celebra mañana en la procesión. Casar una huérfana también será cosa conforme a esta santa fiesta, pues celebramos en ella la procesión y día en el cual el Señor lavó con su Sangre a su Iglesia y la tomó por esposa. Y también vendrá muy a propósito dar de comer a los pobres, recrear los enfermos, vestir los desnudos, en honra de este sagrado manjar, que tan piadosamente nos es concedido en refección de nuestra ánima y cuerpo, en salud copiosa de nuestras enfermedades, en vestido, casa

y abrigo, y generalmente en remedio de todas nuestras necesidades.

Y para que estas obras de misericordia mejor se hiciesen, debían los cofrades (21) de este Santísimo Sacramento encargarse de ellas, y pedir en la fiesta de mañana, y en todo el octavario, limosnas a los fieles para efecto de ellas; y los fieles ser muy largos en dar, por amor del Señor y al mismo Señor, de sus temporalidades, pues Él dió por ellos su vida.

Y quien no tuviere hacienda para servir con ella al Señor, por ventura habrá recibido de su prójimo alguna mala obra, o pasará trabajo en sufrir la mala condición de él. Y si este tal perdona a quien le enojó, y sufre con paciencia la cruz de la mala condición ajena, piense que ha ofrecido mañana al Señor, no hacienda, sino sangre del propio corazón, pues duele mucho más esto que aquello. El enfermo o pobre ofrezca mañana paciencia al Señor, y acompañe mañana al Señor, conformándose con su santa voluntad, y dándole gracias por todo.

Y unos y otros procuren de llevar los corazones (a los cuales Dios mira) tan limpios, que los ojos corporales con que al Señor miraren le den vista agradable con que Él se contente; porque así como *los limpios de corazón han de ver a Dios* (Mt., 5, 8) en el cielo con espiritual vista, así la vista corporal, que da contentamiento al Señor en la tierra, de la limpieza de corazón ha de salir. Y porque en esta limpieza va mucho, y poca gente sabe alcanzarla por vía de contrición sola y propósito de confesión, nos aconseja la santa madre Iglesia, según se ha dicho en otro sermón, que desde el domingo pasado nos aparejemos con buenas obras y pura confesión de nuestros pecados, para recibir a nuestro Señor y celebrar dignamente su fiesta, y gozar de los frutos de su sagrada Pasión.

12.—Nuestro galardón.

Y no os parezca cosa dura hacer lo que se os ha pedido para celebrar dignamente esta procesión. Porque si el Rey David (2 Reg., 6, 19) dió en galardón

(21) *Los cofrades de este Santísimo Sacramento.* (Véase *La Loca del Sacramento.*)

pan y carne y colación (22) a los que acompañaron la procesión del Arca del Testamento Viejo, mucho mejor galardonará Jesucristo nuestro Señor los que acompañaren su divina Persona, significada por la otra Arca pasada. David era rey temporal, y dió pequeño galardón y de cosas de poco valor; mas las riquezas de nuestro Rey son preciosísimas y son eternas; y la anchura de su Corazón para dar, excede a cualquier gana que un hombre tenga de recibir. Dad, hermanos, a nuestro Señor lo que os pide, para ir como debéis en su santa procesión; y en lugar de *la carne y pan* que David dió, daros ha su sagrado Cuerpo y su preciosísima Sangre, y su Anima y Divinidad; todo lo cual recibís, cuando comulgáis; y dichoso aquel que bien lo recibe, porque en este bien están encerrados tantos bienes sin cuento, que si un hombre trabajase toda su vida con buenas obras, estaría muy bien pagado con entrar una sola vez nuestro Señor en su pecho.

Y no sólo este Santísimo Sacramento bien recibido os dará mantenimiento y fuerzas para vuestra ánima, como el *pan y la carne* las da para el cuerpo; mas también, en lugar de la *colación* que dió David, que es más *fruta* que mantenimiento, os dará este Señor, celebrando su procesión como os he dicho, y recibiendo su santo Cuerpo, una espiritual recreación, un sentiros descansados y descargados del peso de la mala conciencia, que os cause mayor deleite que todas las *frutas* del mundo.

Y también podéis contar por *fruta* las santas indulgencias y días de perdón que a los que bien celebraren estas fiestas son concedidos; porque aunque sea gran cosa, y muy de estimar, la remisión de las penas del purgatorio, que se conceden por estas y otras indulgencias, mas en comparación de la gloria eterna que a las buenas obras es prometida, aquélla es *fruta* y ésta es *manjar*.

Y aunque cualquier galardón de los ya dichos sea bastante para alentaros y esforzaros a hacer todo aquello que se os pide de parte de nuestro Señor, para ir mañana, como debéis, acompañándole en su procesión; mas si para vuestra tibieza aun esto no basta,

(22) *Colación*: refacción de dulces, pastas y a veces fiambres, con que se obsequia a un huésped o se celebra algún suceso. (Academia.) El Beato Avila dice más abajo que *colación es más fruta que mantenimiento*.

ruégoos por amor de nuestro Señor os acordéis de aquellas procesiones que eternalmente se han de hacer, no en las calles lodosas o pedregosas de aqueste destierro, mas en las anchas plazas de la Jerusalén celestial, tan preciosas y limpias, que dice San Juan en su Apocalipsis (21, 18), que son *oro limpio*; y allí *el Cordero que se asienta en medio del trono tomara a sus dichosas ovejas que allá moraren, y las regira y llevará a las fuentes de las aguas de la vida* (7, 17); y, como dice el mismo San Juan (21, 4): *Ni tendrán de ahí adelante hambre, ni sed, ni caerá sobre ellos sol, ni calor; y el Señor enjugará sus lágrimas de los ojos de ellos; y no habrá más muerte ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque todas estas cosas se fueron, sin más parecer allí.*

¿No os parece, hermanos, que es bien empleado sufrir el sol, y el calor una vez en el año por acompañar esta santa procesión, a trueco de que para siempre jamás ni calor os dará pena, ni habrá lloro, ni muerte, ni cosa que le parezca? ¿No os parece bien empleado que los principales y que rigen los pueblos vayan mañana confesados y comulgados, y con la reverencia y buen ejemplo que os he pedido, honrando al Señor, para que en aquellas procesiones honre el Señor a ellos, y como lo ha prometido *los ponga sobre todos sus bienes*? (Mt., 24, 47.) ¡Qué bien pagada será allí la obra de misericordia que por honra de esta santa procesión hicieris, perdonando a quien te ofendió, o dando de comer al pobre, vistiendo al desnudo, rescatando al cautivo, con otras obras semejantes, pues en pago de ellas te harán participante de aquella grande, eterna e inefable misericordia que tiene prometido de hacer allá con los que aquí obraren misericordia! La cual, así como Jesucristo nos la ganó con su preciosa muerte y Pasión, viviendo en esta vida mortal, así Él mismo, reinando en el cielo y sentado en el trono de gloria que el Eterno Padre le dió, nos ha de poner en posesión de la gloria que nos ha de ser dada, y conservarnos en ella, pues Él es *Juez de vivos y muertos* (Act., 10, 42) y mayordomo de su Padre, el cual le dijo *que pagase el jornal a los trabajadores* (Mt., 20, 8).

Este Señor irá *delante de sus ovejas* (Jn., 10, 4), porque tiene más gloria que hombres ni ángeles; y todos ellos le seguirán como ovejas a pastor, criados a señor, miembros a su cabeza; y llevarlos ha en proce-

sión *a las fuentes de las aguas de la vida*, que son las tres divinas Personas, que tienen una misma y sola esencia; y allí serán hartos, refrescados y recreados, viendo a Dios *faz a faz* (23), amándolo y poseyéndolo sin ningún fin; donde darán por bien empleado lo que aquí padecieron e hicieron por Él; y lo mismo haremos nosotros si nos aparejamos a ser los que debemos, y a llevar mañana con la debida reverencia a Jesucristo nuestro Señor en la procesión con nosotros, para que Él nos lleve después en compañía de su procesión en la gloria.

(23) *Faz a faz*: cara a cara.

TRATADO 3.º

LA COMUNIÓN, ALIMENTO DEL ALMA (1).

*Caro mea vere est cibus, et
Sanguis meus vere est potus.*

Mi Carne es verdaderamente manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.

(Jn., 6.)

1.—La Virgen nos ofrece el alimento del alma.

Los que traen trigo a los pueblos, deben ser honrados y bien tratados; la que nos trajo el pan del cielo, con que nuestras ánimas se mantienen, ¿cuánto debe ser honrada y reverenciada? Hazañas hicieron algunas mujeres, por las cuales quedaron en perpetua memoria: Judith, Esther, Débora y otras semejantes; mas en comparación de la Virgen, todas hicieron muy poco. Instrumentos fueron para librar sus pueblos de la muerte del cuerpo; pero la Virgen María nuestra Señora, para librarles de la muerte del alma. Ella fué la que nos dió este fruto de que comemos y gozamos; la que nos amasó este Pan, y con tanto deseo que lo comamos, nos convida a él, que dice (*Eccli.*, 24): *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.* Todos los que me deseáis, venid a Mí, y no os arrepentiréis; iréis llenos de mi generación; de lo que yo engendré seréis llenos; del fruto que en sí contiene todos los frutos y gracias; que quien este fruto recibe, todo lo

(1) Resplandecen en este Tratado la profundidad de pensamiento y la popularidad en la exposición, dos caracteres del Maestro.

recibe; porque en él se contienen todos los bienes. Y porque de este convite no se vayan nuestras ánimas ayunas de la gracia...

2.—*El alma necesita alimento.*

Caro mea vere est cibus, etc. «Mi carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.»

Con tres o cuatro hijos que tenéis, si no llueve, perdéis el sueño, pensando cómo les daréis de comer. El que tiene hijos es obligado a darles de comer. ¿Pensáis que no hay más sino ser casado y no mantener a los hijos? ¡Allá lo pagaréis! El que da el ser, es obligado a dar el mantenimiento y la doctrina. ¿Qué hará Dios con tanta gente como tiene, para darles de comer? ¿Pensáis que no hay más de lo que vos habéis visto? Esto es lo menos que Él tiene (Ps., 144 y 148): *Oculi omnium in te sperant Domine*. Dar de comer a estos cuerpos, poco es para Dios. *Ipse dixit, et facta sunt*. Con criar un poco de pan y un poco de vino, los harta. Aunque hayamos hambre, con un poquillo que comamos, quedamos hartos. Mas es otra hambre, que aunque le deis todo el pan y vino del mundo y toda carne criada, no queda harta, antes más hambrienta. ¿Qué haremos para hartarla? ¿Dónde compraremos pan para que la criatura racional coma y se harte? El hombre y el ángel, ¿qué harán de pan para comer, y que queden hartos y contentos, y digáis vos: Contento estoy? ¿Hay en la plaza pan? No, que el Rey y el Papa se mueren de hambre, no pueden hartarse. ¿Ahora veis qué boca tan grande y qué grande hambre? ¿Quién será aquel que diga: Harto estoy? ¿Pequeño negocio es éste, hartar tanta gente? Si Dios no fuera el que se te da, y a todos se da, no pudiera hartar tanta gente y tanta hambre.

¿Qué comerá un ánima y un ángel para que vivan? Estad atentos. Bien veis que tenemos ánima y cuerpo; y cuanto al cuerpo, habemos hambre, y si no comemos, morimos; bien lo veis. Y que el manjar que coméis no está dentro de nosotros, que de fuera lo tomamos, que en el campo se cría, y que, queráis o no queráis, está vuestra vida colgada del pan y del agua, y del cabrito, y de la gallina; al fin colgada de un animal; y si no, que moriréis; y después: «Muy rico

soy»; y que de un carnero estáis colgado, y que si no coméis, que moriréis; bien lo veis esto.

Pues que tenéis cuerpo, quiero que sepáis que tenéis ánima. Dígolo, porque hay algunos que viven tan sin pensar que tienen ánimas, como si no las tuviesen; ni saben si está viva ni muerta, si está harta o hambrienta, si está sana o si está enferma, y aunque la tengan llena de puñaladas, no la dan un poco de ungüento, ni dicen: «¡Ay!, que me duele.» Tienes un ax (2) [achaque] en una uña de un pie, y duélete, y buscas medicina; ¡y lo del alma no la sientes! Si creyeses que la tienes, ¿dejaríasla así? ¿No dirías: Quiero buscar remedio, que mi alma está enferma? Alma tienes, pues, que come; porque si no come, morirá. ¿Qué entendéis *morirá*? No digo muerte natural, que ésa no la puede morir, porque ésa siempre estará viva, aunque esté en el infierno, mientras Dios fuere Dios, para siempre. Su muerte, *segunda* la llama San Juan (*Apoc.*, 20); y los que están en el infierno estarán, como los que están en agonías de muerte, agonizando; siempre estarán tragando la muerte, y nunca acabarán de morir; tendrá muerte siempre viva, y vida siempre muerta. No hablamos de ésa, sino de la vida de gracia. Si alcanzará perdón; si ha de ir al cielo, comer tiene. ¿Qué comerá?

3.—*Alimento del alma es el conocimiento y el amor.*

¡Bendito sea el que da el manjar conveniente a cada uno en su manera! A Dios los ángeles lo miran y comen de su vista, y quedan hartos y contentos; y el alma, ¿qué será su manjar?

—Padre, decidme: ¿Cómo come, o qué será su manjar? ¿Qué dientes tiene, o estómago, y qué calor?

—El molino del cuerpo son los dientes. También el ánima tiene sus dientes, y estómago, y calor; todo lo tiene en su manera, como el cuerpo. ¿Cuáles son los dientes del ánima? Las potencias para todos; los dientes del alma son la fuerza que tiene para entender y amar. Esa fuerza se declarará con la ayuda de Dios.

Aquello con que *pensáis* y *amáis* son los dientes del alma; aquello con que *desmenuzáis* el manjar del alma, aquéllos son sus dientes. Ved el mal del alma,

(2) *Ax*: aje, achaque.

y luego lo bueno. Pensando tú en tus dineros, o en la mala mujer, o en la honra vana, aquello estáis pensando; pues aquéllos son los dientes con que desmenuzáis esto que estáis pensando. Y cuando lo habéis desmenuzado, os deleitáis en ello, y lo tragáis y lo pegáis en vuestra ánima, y de él y de vos queda una cosa, una voluntad y como mal casamiento (*Gen.*, 2): *Erunt duo in carne una*. Entonces lo habéis digerido. Que no sin causa dijo Agustino: «Que si tierra amáis, tierra sois; y si carne, carne.» Porque esto es comer tu alma, juntarte con aquello que pensaste. Comiste carnero, digerístelo, y hácese hombre; comiste una lechuga, y vuélvese por la digestión en carne y sangre.

¿Qué es la causa que de la comida y del que la come se vuelve y hace una cosa? Cuando tu alma come alguna cosa y se pega a alguna cosa, comídola ha; cuando amas el dinero está tu alma endinerada; y cuando amas la mala mujer, está enmujerada, encarnizada; y cuando amas el humo de la honra, está enhonrada (3); comido ha. ¿Qué es eso? Que resulta una cosa de esas dos: que ciertamente, que si pudieses hacerte una cosa realmente con lo que amas, lo harías; aquello que mucho amas, te vuelves (4). Yo te se decir, que si a Dios amas, Dios eres. He aquí el mal amor, y comer malo.

Digamos del buen comer. Las fuerzas del ánima son los dientes. Daisos a estudiar aritmética o filosofía, y andáis a buscar una verdad, y cuando la halláis, quedáis muy contento, y muy harto vuestro entendimiento. Aquella fuerza con que pensó aquella verdad, es el diente del ánima. Pensasteis en una palabra de Cristo, que oísteis en el sermón: *Si perdonáredes a vuestros prójimos, vuestro Padre os perdonará a vosotros; y si no perdonáredes, no os perdonará Dios* (*Mt.*, 18). Cuando te paras a pensar: «Gran cosa es el perdonar, pues que si no perdono no me perdona Dios... Pues si lo perdono, ¿qué dirán de mí?... Si no lo perdono, no me perdona Dios. Al fin quiero perdonar, porque Dios me perdone a mí», comido has. Y el que antes no podíades ver, comienza a parecer bien. y habláis al que no hablábades, ni podíades ver más que al diablo; ya os comienza a parecer bien. Comido

(3) AUDI FILIA, cap. 16.

(4) *Te vuelves aquello que mucho amas: te conviertes en aquello que mucho amas.*

habéis. Así como el mantenimiento del entendimiento es la verdad, así el de la voluntad es la bondad, y bien estáis con la cosa que le queréis bien. ¿Qué ha comido tu entendimiento? Aquella verdad, pues que con tanta fuerza os movéis a amar al que tanto aborrecíades.

4.—*Sólo Dios es hartura del alma.*

¿Cuál es el mantenimiento de la voluntad? El bien, y no hay otro mayor, ni tan grande bien como es Dios; y éste es el manjar y hartura del ánima, y ninguno otro la puede hartar, ni contentar su seno y estómago: ¡El sea bendito para siempre! ¿Cuál es el manjar del entendimiento? La verdad. Cuando veas a Dios, suma Verdad; cuando ames a Aquel sumamente bueno, entonces estará tu ánima harta, y sin Él no. Que no es posible estar tu entendimiento harto sin el conocimiento de esta suma Verdad, ni tu voluntad contenta sin este sumo Bien y Bondad.

Ahora habéis visto: vosotros finitos y tasados, y nuestra voluntad y entendimiento tasado, y no poderse hartar ni henchirse; si no les dan y echan infinito. ¿Qué es esto? Mayor [es] la boca que todo el cuerpo. Que si al mismo Dios no conoce bien tu entendimiento, no puede ser harto; y si al mismo no ama la voluntad, no puede tampoco contentarse; hambrienta se queda. Por eso dije, que si no fuera Dios, no pudiera hartar esta gente. Cuando en hora buena vayamos al cielo, cuando veamos la majestad infinita de Dios, allí quedará muerta nuestra hambre, y diremos: Contentos estamos, no queremos más. Cuando veas aquella Verdad y ames aquella Bondad, ni te cansarás de comer aquel manjar, ni el manjar [se] cansará de hartarte; pues tu alma es eterna, vivirás para siempre, mientras Dios viviere. ¡Qué lindo manjar! ¡Qué linda bebida! Esto es lo que la Escritura dice por metáfora de comer y beber. *Ego dispono vobis regnum, sicut disposuit mihi Pater, ut edatis et bibatis super mensam meam* (Lc., 22), dice Cristo. Yo seré entonces harto, cuando apareciere tu reino, tu gloria (Ps., 35). *Imbriabuntur ab ubertate domus tuae; et torrente voluptatis tuae potabis eos*: que nos ha de emborrachar de su deleite y abundancia.

—Catad, Señor, que en decirlo. dais ocasión a los

carnales que piensen que hay en el cielo comer y beber.

—Pareció a la sabiduría de Dios decirlo así debajo de estas metáforas de comer y beber; porque no hay cosa más deseada que la vida, y ella se sustenta por el comer y beber; y de ahí es, ser cosa deseada el comer y beber. No que allá en el cielo haya manjares y bebidas y esas poquedades; porque el manjar es Dios, y esto come tu alma con los dientes, con las fuerzas que tiene para conocerlo y amarlo. Esa es la hartura que allá tendrás, conocerlo y estar contento con Él, y estar comido y harto.

5.—Cristo, alimento del ángel.

—Veisnos aquí un poquito dentro de la materia.

—Pues ¿qué responderemos a las palabras de Cristo nuestro Señor (*Jn.*, 6): *Mi Carne verdaderamente es manjar?*

—Habéis dicho que el manjar del ánima es *ver a Dios*, y que no le puede hartar ni contentar otro manjar; ¿cómo decís ahora que *la Carne es manjar, y la Sangre bebida?*

—Henos aquí en la mar; tened paciencia un poquito.

—Decís que el manjar del ánima es infinito; la Carne de Cristo es finita: ¿cómo puede ser manjar de ánima, no teniendo eso?

—Gran verdad dijo aquel que dijo las palabras del tema. Mirad, por dos cosas se dice la Carne de Cristo sacratísima *manjar del ánima*. Porque el fiel manjar del ánima es la verdad, también es manjar del ánima la Carne de Cristo, como su Divinidad.

¡Atentos! Vais por el campo, paráisos a mirar una encina. Decidme: ¿no se crió este árbol tan grande de una bellota? El que de una cosa tan chica hizo tan grande árbol, ¡grande es su poder! El que le dió esta frescura, ¡también la podrá dar a mí! Quien le dió a ésta fruto, ¡también dará a mi ánima fuerzas para que haga fruto! El que tanto poder y bondad usó con este árbol, ¿qué hará y usará con mi ánima?

Si de mirar aquel árbol vienes en conocimiento de la grandeza, poderío y bondad de Dios, comido has; de aquello se mantiene tu ánima.

Y de aquí será, que, aunque no sea vuestra la viña, si tenéis dientes para comer, y sabéis bien hurtar, sa-

caréis vos tanto fruto y tanta renta, y aun quizá más que su dueño, si de allí sacáis conocimiento, amor y alabanzas del que la crió, y comida para vuestra ánima y edificación; de manera que os mantenéis mediante aquel árbol o viña. Porque no crió Dios las cosas corporales solamente para el cuerpo, sino para el cuerpo y para el ánima, y para que te aproveches y digas: ¡Grande es la hermosura y poder del que tan grandes y tan hermosas cosas quiso criar! Y ¿qué me dará a mí, quien a estos árboles tantas hermosuras dió? ¿Pensáis que no crió Dios el sol más que para alumbraros? Para más lo crió; que bien pudiera Él con una lumbrecilla por ahí alumbraros. Criólo para que con su grandeza y hermosura lo alabásemos y engrandeciésemos, y de esta manera comiese nuestra ánima.

¿Habéis entendido esto? Pues apliquémoslo. Los ángeles que en el cielo están...—Dejo los hombres, que eso claro está, que como en el cielo nuestra ánima tiene su manjar, que es la Divinidad, así nuestro cuerpo tendrá su gloria y comida esencial, que será la Humanidad de Jesucristo; aquélla será su comida, su abundancia, su hartura. ¿Qué será la gloria de tu oír, sino oír aquella palabra de Cristo, que será más dulce que cuantas músicas hay? Y tu alma se hartará en su Divinidad, y así serán los dos hartos, y contentos y glorificados...—Pues tomad los ángeles. Ellos están contentos y hartos mirando la Divinidad. Pues tu alma mirando el árbol, come, considerando en él las grandezas de Dios, ¿no comerán los ángeles en el cielo, considerando la Humanidad de Cristo, espantándose de sus deleites tan excelentes, y conocerán la sabiduría de Dios viendo aquella Humanidad levantada a ser supositada (5) en Dios, y a ser personada (5) en Él, y a ser[le] comunicadas sus grandezas y atributos? Si en el árbol resplandece la bondad y saber de Dios, ¿qué sabor, qué gusto tomarán los ángeles en aquella Humanidad? ¿Qué hartura en la mirar?

—Padre, abajaos un poco.

—Que me place.

(5) *Supositada; personada*: unida personalmente al Verbo.

6.—*La Comunión meditada es alimento del alma.*

Cuando tú piensas que has comulgado, no sea el comulgar sin que pienses: «¡Señor! ¡Que tanto me amasteis, que derramasteis vuestra Sangre por mí! ¡Que sin buscaros, me llamasteis, y sin rogáaroslo yo, me hicisteis, y me disteis tantos bienes, y más que me tenéis aparejados!» Cuando esto has pensado, ¿no queda tu ánima contenta y consolada?

¿Qué es eso que has comido? Párate a desmenuzarlo; que así lo has de comer; no lo tragues entero, que te hará mal. Que por eso mandaba Dios en la Ley (*Lev.*, 9), que no le ofreciesen el carnero todo entero, sino que lo partiesen por partes. Quiere decir, que para que te aproveche el Cordero pascual, que es Cristo, no lo has de tragar así a bulto todo junto, sino que lo partas. Una coyuntura es cómo nació pobre, otra sus trabajos, otra cómo fué azotado, otra crucificado, otra sepultado. No lo tragues entero; piénsalo bien, rúmialo; que aunque seas de hierro y de piedra, te derretirá el corazón, y comerás y sacarás provecho.

Mira la Sangre de Cristo, recíbela en tu alma; que bálsamo es. Para probar el bálsamo fino, échalo en la palma de la mano, y si la pasa calentándose por encima, es fino. La Sangre de Cristo échala y métela en tu alma; que yo sé cierto que pasará tu alma, y de indevota la hará devota, y de tibia la hará ardiente en el amor de Dios, y de dura la hará blanda y amorosa. Echala en tu alma; que no hay bálsamo que tanto pase. Si no dime: cuando te paras a pensar en la Pasión de Cristo, ¿no sientes que te pega nuevo amor y nueva devoción? ¿No se te ablanda el ánima? ¿No recibes fuerza? ¿No pides perdón de tus pecados? ¿No derramas lágrimas? ¡Oh lágrimas sabrosas las que se derraman por la Pasión de Cristo, que hacen derretir en amor suyo! Pues si este pensar en Jesucristo despacio te hace vivir, y te esfuerza y contenta, eso es haber comido y estar esforzado: comido has, que a eso llamamos *comer la Carne* de Jesucristo, reverenciarla; ella te hace que andes aprisa el camino de Dios, y te da fuerza y ánimo.

Luego síguese que la gloriosa Carne de Cristo es *manjar* de tu alma, viático para andar el camino del cielo.

7.—*La Santísima Trinidad nos da la vida: la comunión la sustenta.*

¿Por qué más es la carne *manjar* del ánima? (¡Atentos!)

¿El pan que vos coméis es la vida del cuerpo? No es; que el ánima es la causa, mediante aquel manjar que toma el estómago, y tomándolo, cuécelo y envía su parte al hígado, y allí se torna a cocer, y hácese sangre, y repátese de allí por las venas. Porque la sangre es asiento del ánima; toma de allí fuerzas para vivir, y toma fuerza para dar vida al cuerpo; no sé si me doy a entender; que da vida al cuerpo y al ánima. Sopló Dios en Adán (*Gen.*, 2): *Et factus est in animam viventem*. ¿Qué fué aquel soplo? El ánima que le dió. Pues si el Espíritu Santo, espíritu de vida del ánima, es soplo de vida, soplo de Dios. Pues así como no basta para que viva el cuerpo que tenga ánima, sino que es menester que coma, porque morirá si no come, aunque tenga ánima, así también poco aprovecha que tu ánima tenga con qué viva, si no come.

—Padre, ¿no bastaba para dar vida a mi ánima la Santísima Trinidad?

—Si ella quisiera, sí bastaba; mas ella ordenó que no sea la Santísima Trinidad sólo su manjar; mas si no come de la Sangre de Jesucristo y de su Carne, no puede vivir. Ninguna ánima está en gracia, si no es mediante la Sangre de Cristo. ¿Quién da vida al ánima? La divinidad, la Santísima Trinidad. Mas no se la da, sino mediante la Sangre de Jesucristo, como el ánima no da vida al cuerpo sino mediante el manjar. Dijo Cristo (*Jn.*, 10): *Yo soy buen Pastor, y pongo mi ánima por mis ovejas. Yo soy puerta; quien entrare por Mí, salvarse ha. Los que antes de Mí vinieron, ladrones fueron; no vinieron sino para matar y perder. Yo vine para que tengan vida.*

—¿Qué queréis decir, señor?

—Que si tú no creyeres en Jesucristo, en el Verbo humanado, que en Él está tu salud y la de todos, no puede vivir tu alma. Si no lo crees y amas y obedeces, no te puedes salvar. No te dará nadie vida, si no comes de la Carne y Sangre de Jesucristo, si no tienes fe. Esto es lo que hizo a San Pedro que dijese (*Act.*, 4): *Non est aliud nomen...* No hay otra vía o título

para que el hombre se salve, sino el nombre de Jesucristo y su fe.

—¿Qué queréis decir?

—Que si se hicieren los hombres pedazos, y ardieren en llamas por Dios, si no comieren este manjar, esta fe, perdidos van; no se pueden salvar. Que así como no está la vida del cuerpo en el manjar, sino en el alma, así también como el manjar está fuera del hombre, que no es de suyo; así has de conocer que tu pan, tu remedio no está en ti, sino que tienes necesidad de mendigarlo y pedirlo a Cristo, y conocer que nuestro remedio está en sólo Él. Si este manjar no comes, es imposible que vivas. El manjar no es sólo el Espíritu, ni en él solo está la vida; mas toma la Carne y Sangre para dar vida. ¿Habéislo entendido?

Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre bebida. Verdaderamente, no fantásticamente. Que más verdaderamente vive el ánima por esta comida, que el cuerpo por el manjar corporal. Que cuanto es mejor el ánima que el cuerpo, tanto es mejor esta vida que da este manjar.

—¿Cómo, Padre? ¿Si uno no come este manjar no puede ir al cielo?

—En la mar estamos: *Quid paras dentem et ventrem? Crede, et manducasti.* Dice San Agustín: ¿Para qué aparejas el diente y el vientre? Cree, y ya has comido. Si no me creyéredes y amáredes por Salvador y Mesías, no podéis ser salvos. Así lo expone San Agustín. Mas el Concilio Tridentino dice (Ses. 15, c. 8) que aquel paso se entiende de la comida sacramentalmente hecha, y esto se ha de tener, éste es el comer.

8.—Por la fe comulgaban antes de Cristo.

¿Veis cómo la Carne de Jesucristo es manjar del ánima, que los que fueron antes de Cristo y se salvaron, comieron este manjar, esta Carne y esta bebida? Así lo dijo San Pablo (1 Cor., 10): *Omnes eandem escam spiritalem comederunt, et eundem potum biberunt, bibebant autem de petra, petra autem erat Christus.* Helo ahí cómo comieron.

—¿Pues cómo, que aun no era venido Cristo?

—Tenían unos dientes tan largos, y unos ojos, que llegaban hasta acá: que es la fe que tenían que

había de venir un Salvador, un Mesías, en el cual se salvaron. Esto es comer la Carne y beber la Sangre de Jesucristo, y por esta fe somos nosotros un cuerpo con ellos, tenemos un mismo espíritu, una fe y una cabeza. Esto, pues, es comer la Carne de Cristo, sin la cual nadie puede ser salvo. Aunque haga todos los bienes que hicieron los hombres juntos, si esto no tiene, no basta para se salvar.

9.—*Causas de la institución de la Eucaristía: A) Para que no traicionemos a Cristo, nuestro Esposo.*

Pues *creer* y *amar* es comer, y para que se salve el hombre basta creerlo así; si esto es verdad, ¿para qué se nos quedó acá en manjar en especie de pan y vino? ¿Qué os parece a vosotros? ¿Fué bien que se quedase o no? ¿Pasámonos sin Él?

Saben bien esto los que tienen mujeres livianas. Cata, Señor, que es el género humano liviano desde su nacimiento. Fué, y subióse Jesucristo al cielo, y no nos acordamos más de Él, y por esto ordenó su misericordia de se nos quedar acá. Que, para cuando te dijeren que todo tu bien está en el cielo y es Jesucristo, no lo teniendo acá, pareciérate que andabas engañado y vago: «Yo en la tierra y Él allá; ¿qué tal estaré yo sin Él?» Ordenó su bondad manera cómo esté allá y acá, porque tengas allá tu descanso, y acá tu amor y mantenimiento. Para que cuando te dijeren que es tu bien, y te dijeren «Veslo allí», se prende tu ánima para no recibir otro que no sea tu Pastor (6).

Sois desposado, habéis de estar con la esposa. Decid—ahora que se me acuerda—. ¿por qué absuelven al hombre que está él aquí y su mujer lejos de él sin necesidad? ¿Por qué se hace tal cosa? ¿Qué regimiento lo consiente, que una bestia que se va de su dueño hay quien la vuelva, y mesón de perdidos donde la llevan, y que se esté un marido ausente de su mujer [un] año y años, y que no haya remedio ni castigo?

—Señor, ya le envió cartas y joyas, y desde acá la proveo.

—Véaos ella a vos, que eso la moverá más; que se

(6) Véase el Tratado 24.

acordará que se casó con vos, y dejará el adúltero, y llegarse ha a vos.

¡Oh! Glorificante los ángeles, Señor. Cartas te envía Jesucristo tu Esposo, que son los Evangelios y los pensamientos santos, los sermones y los consejos buenos que oyes; envíate presentes y joyas, que es eso que comes y vistes, y en tanta abundancia. Y con todo eso es tan grande tu olvido, que olvidas a tu Esposo, que tanto bien te hace, y pones por tu maldad los ojos en lo que tu carne quiere, en deleites, en juegos, en vanidades, en burlerías. Envíate cartas, no te aprovechan; envíate presentes, no te aprovechan; antes algunas veces son causa de mayor olvido. Y determina Él venir acá, pues no aprovechan mensajeros, para que te acuerdes, que es el primero Esposo con quien te casaste. Él es el que derramó su Sangre por ti, para que quites los ojos del adúltero y los pongas en el que es tu Pastor, y le digas: «Perdonadme, Señor, que hasta ahora que os conocí, había vivido descuidado y olvidado de Vos; ahora no quiero sino a Vos; sólo a Vos amaré y serviré.»

¿No tenéis algún amigo con quien tengáis amistad en ausencia, que le escribáis cartas y le enviéis presentes? Y si os envía una cédula con que os libréis de la muerte, estando condenado a ella, cuando este tal amigo viene, ¿qué es lo que sentís? ¿cómo os lo paráis a mirar? ¿cómo le agradecéis lo que ha hecho por vos? Que esta es ley de la presencia del amigo, que cuando viene, le relatéis cuantos bienes ha hecho por vos, dándole gracias. ¡Oh consejo amoroso lleno de alegría, lleno de amor! Quedárenos acá Jesucristo, para que cuando le veamos nos acordemos de lo que por nosotros ha hecho, y se lo relatemos, y le demos gracias por ello: «Señor mío, Vos sois el que bajasteis del cielo, y os hicisteis hombre mortal por mí, y estuvisteis en el portal; el que pasasteis hambre y trabajos por mí; el que fuisteis preso, abofeteado y azotado por mí; el que derramasteis vuestra Sangre, y perdisteis vuestra hermosura y vida en la cruz por mí. Vos sois el que tanto me amáis. Vos sois todo mi bien.» Esto has de sentir cuando vieres a tu Señor, y comulgares; si esto sientes, tu alma come y comulga: «Vos, Señor, sois el que tanto me amasteis y tanto hicisteis por mí, estando yo ausente.»

—*Haced esto en mi nombre.*

—¿Qué, Señor?

—Como yo hice, *haced en mi nombre.*

—¿Quién lo hará?

—No todos los cristianos, sino los ordenados solos. Como yo hice. Que si el sacerdote consagra, no es en su virtud, sino en la de Jesucristo.

Haced esto en mi nombre, y cuando lo hiciéredes, acordaos de mí.

—¿Qué es eso?

—Muero de amores de los hombres.

—¿Qué te va, Rey nuestro, en que se acuerden unos gusanillos de Ti? Dénos vuestra Majestad licencia que hablemos; ¿por qué no nos pide sino que nos acordemos?

—Es tanto lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, que no es menester para movernos decir más, sino que nos acordemos de sus obras, de su justicia, de lo que padeció; porque aunque seamos piedras y hierros, su memoria tiene tanta fuerza, que con ella se derretirá nuestro corazón. *Memoria Iosiae in compositione odoris, opus pigmentarii* (Eccli., 4). La memoria de Josías es como una poma que quita los desmayos, y como miel, que es dulce en la boca, y como música en las orejas. Y así en cualquier corazón de hombres es más dulce que la miel la memoria de Jesús. Si tus pecados te desmayan, si tu carne te aflige, si tu alma está desmayada, toma esta medicina, que huele tan bien, que da salud, y quita dolor, y da dulzura a todo corazón.

—¿Para qué, Señor, presente?

—Para que me améis, para que me gocéis.

10.—B) *Para ejercicio de nuestra fe.*

Pues ¿por qué tan escondido, que ni la vista os ve, ni el oído os oye, ni el sabor, ni el tacto os conoce? (Isa., 45.) *¡Verdaderamente Vos sois Dios escondido!* ¿Para qué tan escondido? Para que sepa otra vez el demonio con quién se toma; para que rabie y aülle y le haga se vuelva por donde vino.

Cerca Senacherib con gran soberbia a Jerusalén, y con gran confianza en su gente, envía al rey Ezequías mensajeros que se diese:

—*¿En qué tienes confianza? ¿En Egipto? ¿En tu*

Dios? No te engañen sus palabras, que dicen que vendió tal y tal rey, que no los libraron dioses de mis manos; pues tampoco te librarán a ti.

Rasgó Ezequías sus vestiduras, fué al templo, echó las cartas de esta mensajería delante de Dios. Dícele: *Señor Dios de Israel, que hiciste el cielo y la tierra, cuyos son los reinos y señoríos: ya has oído las blasfemias de éste contra Ti. ¿Qué son los otros dioses, de obras de manos, ni qué valen para defender? Sálvanos, Señor, de sus manos, y conozcan todos los reinos y gentes que eres tú Señor.* Envía luego Dios a Isaías que le diga: Dile a esa bestia: *Yo te haré un freno, yo te enfrenaré, loco, y te haré que te vuelvas enfrenado por el camino que viniste, y que en llegando allá te maten tus hijos (4 Reg., 19).* Así fué, que envió Dios un ángel aquella noche al real de Senacherib y mató ciento y ochenta y cinco mil hombres; y a la mañana alza su real y vase; y en llegando, lo mataron sus hijos; para que sepa con quién se toma.

¿Cómo se perdió el mundo? ¿Cómo se perdió el hombre? Por una fe falsa que tuvo una mujer. Vino el demonio a Eva y preguntóle: *¿Por qué os mandó Dios que no comiésedes de este árbol? —Porque no muramos por ventura. —Andad, que son amenazas, que no moriréis; antes en la hora que comiédredes, seréis como dioses.* Cree la mujer a la palabra del demonio falsa, que serían como dioses: creyó que debajo de la manzana que veía, estaba otra cosa, y que debajo del manjar corporal había ciencia espiritual: por esta falsa fe que tuvo a las palabras del demonio, y mediante lo que veía, creyó otra cosa que no veía. ¿Por qué se perdió? Porque creyó (7); porque le dijo el demonio que debajo de una manzana había lo que no veía, y creyólo. Pues para que sepa el demonio con quién se toma, yo haré que se vuelva enfrenado por el camino que vino. Por una falsa fe se perdió el hombre; sálvese por una fe verdadera acá, que debajo de aquel manjar corporal hay manjar divino, que parece pan en el olor, y sabor y color; hay sacramento del Altar; crea que está allí el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y su Sangre y divinidad.

(7) *Creyó*; la edición de 1596, *cayó*; pero parece errata.

Pues que hubo quien creyese por una fe falsa, haya quien crea por una fe verdadera lo que no ve. Que no es mucho, pues que el demonio halló quien creyese su mentira, que halle Dios quien le crea su verdad. Por la falsa fe del demonio se perdió el hombre: por la verdadera, que está allí el manjar que da vida, se salva; que está allí debajo de aquellas especies sacramentales que veis. Pues si no estuviera escondido, no hubiera fe; y no habiendo fe, no respondiera merecimiento y vida de gloria; y así quedó el demonio confundido.

11.—*Maravillas de la transustanciación.*

¿Por qué tan escondido? Pues ¿qué, quisiéradese vos verlo? Si la reina Esther (*Est.*, 15) no pudo sufrir la majestad del rey Asuero, ¿cómo podrá una hormiga sufrir el resplandor de la cara de Cristo glorioso? ¿Cómo podrá sufrir una claridad que en su comparación la del sol es tiniebla? No hay ojos mortales que le puedan ver. O te has de quedar sin Él, o tomarlo así escondido. O has de decir que te quieres quedar sin Él, o tomarlo así, tan gran Cuerpo en tan pequeño espacio. Sí, en la menor partícula está tan entero como está allá en su reino. ¿No preguntó Cristo a un demonio, cómo te llamas? Díjole, *Legio*: Una legión de demonios, ¿cómo cabían en un cuerpo tan chiquito? —No ocupan lugar. —Así el Cuerpo sacratísimo no tiene dimensiones cuantitativas en orden a lugar. Como tú podrías tener en tu manga un millón de ángeles.

¿Cómo se puede hacer del pan Carne, y del vino Sangre? ¿Cómo? ¿Porque vos no lo entendéis, no se puede hacer? ¿No hay cosas por ahí que hace un oficial, que otro en su mismo arte no las entiende? ¿Y queréis vos entender el artificio y sabiduría de Dios? ¿Si vos viéradese una bellota, y os dijeran que se hace de allí una grande encina, si no lo supiéradese, creyéradese? ¿Cómo de un grano de trigo nace hierba verde, y ni el grano es verde, ni la tierra, ni el agua? ¿Pues cómo se hace aquella verdura? ¿Y cómo se hace vino en la viña, pues en la tierra no está, pues el agua que llueve no es vino? ¿Pues cómo se convierte en vino? ¿Cómo de una cosa se hace otra? No hay otra ventaja o diferencia, sino que en

el altar se hace presto, y en el campo más despacio. ¿Es mucho que se haga eso?

¿Cómo salió Jesucristo del vientre de su Madre, quedándola Virgen entera? ¿Cómo salió del sepulcro? ¿Pensáis que las cosas de Dios que son tan bajas, que las habéis de entender? Si ellas fueran tales que vos las entendiérais, ya no fuera Dios grande (8). Quiere hacer lo que tú no entiendes, para que te humilles y sujetes tu entendimiento a la fe, y merezcas.

—Pues ¿cómo puede estar en tantos lugares? —Cuando yo hablo, ¿cuántas voces son las que hablo, una o muchas? Una, porque claro está que no tengo más que una voz; esta una, ¿no es una en las orejas de muchos y de cuantos aquí estáis? ¿Cómo es esto? Pues si en la voz se hace, ¿cómo no se podrá hacer acá? —¿Cómo puede ser, que partiéndolo se quede entero en cuantas partes se parte la Hostia? —Partid vos un espejo y miraos en él. Cuando estaba entero hacía un rostro, y partido hace tantos cuantos pedazos hay. Así acá.

¿Qué locura es ésa? ¿No querer creer lo que no alcanza la razón? Pues que eres hombre de razón, y tan amigo de regirte por ella, pasemos por esa ley, pues que no quieres creer cosa sin razón, ni hacerla: Ningún hombre coma ni beba, si no supiere cómo se crió el mantenimiento y bebida, cómo se crió el pan y el vino que ha de comer y beber. ¿Queréis saber cómo se hace y no queréis creer? Pues quedaos sin comer, pues no sabéis cómo se cría el pan y el agua y el vino en la viña. Y pues no te paras a preguntar cómo se hace, y alguna vez os traen guisado de la cocina cosa que no sabéis cómo se guisó, y calláis y coméis, haced así acá, y callad y comed.

¿Para qué tan escondido? Para que tuviese lugar la fe verdadera.

12.—C) *Para fortalecer nuestras almas.*

Dijo Cristo nuestro Señor (Jn., 6): *Mi Carne es verdadero manjar, y mi Sangre verdadera bebida. Así es que vuestra carne es manjar, porque el pan con firma el corazón del hombre* (Ps., 103, 15).—*Super*

(8) San Gregorio.

aquam refectionis educavit me, et animam meam convertit (Ps., 22, 2). Poned aquello, por vuestra vida, en vuestro repostero. Estoy yo bien en gran manera con aquel verso: *Púsome Dios nuestro Señor sobre el agua de la refección*, de recreación, de refresco, agua de refrigerio: *Animam meam convertit*. El hebreo dice: *Animam meam restituit*. Que ese bocado de pan vuelve el ánima a su lugar; esto es *volvióme el ánima*.

Vase huyendo Elías de la mala mujer Jezabel; de desesperado (ya no podía andar), pónese debajo de un enebro, y dice a Dios (3 Reg., 19): *Señor, sacadme ya de esta vida, que ya no lo puedo sufrir; llevadme ya; ¿para que vivo?* Duérmese con el cansancio y el enojo. Llegó el ángel de Dios, y despertólo y díjole: *Levántate y come, que te queda largo camino*. Y *dióle un pan cocido en la ceniza y rescoldo, y un jarro de agua; y comió y bebió* (Ps., 118, 28). *Dormitavit anima mea prae taedio*.

—¿Ya queréis descansar tan presto, Elías? ¡Levantaos con presteza, que largo camino os queda!

Guardad, no andéis tras Dios: «Llevadme, Señor», que entonces os dará más larga vida.

—*Come y bebe*.—Levantóse, y comió y bebió, y *anduvo, con la fuerza de lo que comió, cuarenta días*. ¡Qué lindo manjar!

Mas notad que el que se lo dió que comiese, el que lo despertó, ángel de Dios era. Fué oficio de sacerdote; oficio de ángeles de Dios, convidar, rogar, importunar a los dormidos, a los desmayados, a los temerosos.

Desmayado estás; murióse tu padre; perdiste la hacienda; persigiente los pecados. ¡Levántate de los pecados, vete a confesar; y come, recibe este Santísimo Sacramento! Que para eso quedó acá, para remedio de tus llagas y trabajos.

Oficio de sacerdotes es decir a las almas (9): *Corre, ve, recibe este pan, que no solamente se llama Viático*, porque nos da fuerzas para *caminar* cuando morimos, sino mientras vivimos y sentimos desmayo en el camino. Cuando vos habéis de caminar, ¿no aparejáis alforjas, y comida, y bebida y lo necesario? Pues así los que vamos en este camino, más desierto que el de Egipto, más seco de aguas, más enemigos en él, más serpientes, más gigantes, tierra que la

(9) *Es decir a las almas*; falta en la edición de 1596.

llama Zacarías (*Lc.*, 1) *sombra de muerte*, ¿no hemos menester provisión y comida?

Cuando vuestros hijos vinieren a razón y discreción, enseñadles luego que sean devotos de este Santísimo Sacramento del Altar: «Corre, confiesa y comulga; cata que te queda gran camino, y peligroso; más de cuarenta días, largo en gran manera.»

¡Dios se lo pague a quien a mí tanto bien hizo! Fui devoto de este Santísimo Sacramento; y creo que se me pegó de un (10) santo varón que me lo aconsejó (11).

13.—Responsabilidad de los que no comulgan.

¿Cómo podéis vivir sin este pan? Yo me espanto de ello; él harta, enseña y esfuerza para andar este camino. De una vez a otra que comulgáis, se os había de hacer un año, y diez años; ni tantas como algunas mujeres, ni tan pocas como algunos hombres. ¿Qué veis en el Sacramento, que os han de hacer venir a comulgar con penas y excomuniones? ¡Malaventurados de los tales!

¿Habéis ido por mesones cuando camináis? Lléganse algunos a comer a escote, y otros dicen: «No quiero comer así; quírome pasar acá con lo que tengo, con pan y vino, para gastar menos.» Después, alzada la mesa, paga el que comió; el que no comió no tiene que pagar. Quien comió, escote. Aquí es al contrario; los que comieron irán salvos, y el que no comiere pagará el escote de lo que no comió. No hay bolsa que pague tanto cuanto debe porque no comió; que el que no quisiere aprovecharse de este manjar, el que no lo reverencia, adora y ama, a semejanza de los que le crucificaron, pagará el escote: *El que derrama la sangre, y el que no paga el jornal al que lo sirvió, iguales son*, dice el Sabio. ¿Por qué no pagas, hermano, el jornal a Jesucristo? Había sobre

(10) *De un santo varón...*; de uno (1596).

(11) Su devoción comenzó (a los dieciocho años) por el Santísimo Sacramento; y así se estaba muchas horas delante de él; y de ver esto, y la reverencia con que comulgaba, fueron muy edificados así los clérigos como la gente del lugar [Almodóvar del Campo]. (Granada, VIDA DEL M. AVILA, cap. 1.)

la tierra hombres tan desdichados, que pusieron manos sobre el Hijo de Dios y lo osaron crucificar; ellos son los que lo crucificaron, ¿y tú no pagas a Cristo el jornal? Pagarás el escote, que con mayor diligencia y trabajo te sirvió que el jornalero. Algunas veces gana el jornalero cantando, y come, y descansa; y Cristo bendito, de día y de noche no descansó, entendiendo en nuestro negocio; de día sanando enfermos, y de noche orando por nosotros al Padre en los montes, ¡y apenas lo queréis ahora creer esto! No te pide otra cosa por jornal de sus trabajos sino que goces de ellos, que te aproveches de su penitencia, y de sus cansancios y trabajos y azotes, y de su obediencia y su muerte: que eso es verdaderamente *comulgar*; que eso quiere decir el vocablo, *comunicárenos* lo que nos ganó Jesucristo. ¡Y que venga Jesucristo, y que se quede acá; y que llama al cristiano y que se esté quedo! Plega a Dios él lo remedie. Que por eso permitió Dios que en Alemania perdiesen la fe; porque usaban mal de este divino Pan, permitió Dios que se lo quitasen.

Si a uno le pusiesen una espada de Roldán o del Rey Don Fernando, si el tal, en lugar de emplearla en hazañas, se anduviese cortando melones y suelas de zapatos con ella, ¿qué os parece que merecía? Que le quitasen la espada, pues tan mal usa de ella. Este divino Sacramento significa aquel alfanje con que el rey David mató a Goliath. Estaba guardado en el templo, envuelto en un lienzo, y en un lugar a manera de sagrario; y el lienzo significa los accidentes y blancura. Y este divino Sacramento degüella los pecados mejor que el otro alfanje, que era no más que figura (12). ¡Oh espada mal empleada de Roldán con que pudiera hacer tales hazañas! *Yo vine para que los que no ven, vean; y los que ven, no vean* (Jn., 11) ¿Qué harán en el infierno los malaventurados, privados de la vista de Dios? *Si no viniera, y los llamara, no tuvieran pecado* (Jn., 15). Visíteisme, oísteisme, llaméos, convidéos con perdón, y me ofrecí a pagar por vuestros pecados, y lo hice. Que se les ponga todo eso que habéis hecho por ellos en una balanza a su cargo. Que quien se parare a pensar lo mucho que ha hecho por los hombres y lo poco

(12) *Este divino Sacramento... no más que figura*; este párrafo falta en la edición de 1596.

que de ello nos aprovechamos, dirá que nos ha dado la espada de Roldán, y que la empleamos en cortar nabos. ¡Y que hay personas que no vendrían a comulgar, si no los excomulgasen! ¿Quién no tiene devoción a este Santísimo Sacramento? Andad, que otro día nos veremos juntos; aunque no esté yo tan alto como ahora, estarlo ha Jesucristo. Entonces oirán los malaventurados aquella sentencia (*Mt.*, 25): *Andad, malditos de mi Padre, al fuego eterno, pues no os quisisteis aprovechar de Mí.*

14.—Exhortación a comulgar.

¡Oh, glorioso los ángeles, Señor, que viniste del cielo a morar con nosotros! No entendáis que viene por ese aire bajando desde allá, sino que el que está en el cielo, comienza también a estar aquí, estándose en el cielo. Y viene a buscar posada, ¿y no habrá quien diga: Venid a mi casa, Señor? ¿Pensáis que viene Él, porque se huelga de estar en el relicario (13)? No estima más el oro, que yo el lodo; ándanos llamando y convidando: ¿Quiéresme tener por compañero de casa y mesa? Hombre miserable, cuando quieres a alguno bien, querriáslo meter en lo más dentro de tus entrañas, y pegarlo a ti mismo, y hacerlo uno contigo. Pues eso quiere Jesucristo, entrar allá y morar allá, y darte allá un abrazo de amor, y de todo más hartura que cuanto se puede pensar. Que venga Él acá, que ande buscando posada; ¿[y] que haya hombre que no se quiera levantar a abrirle?

Que no me contento con que no haya herejías. —¡gracias a Dios por ello!—sino que debíamos tener tanta devoción y tanta hambre de este celestial Pan, que ardiese fuego en nuestras entrañas de su amor, y que se nos hiciese cada día que no comulgásemos treinta años. ¡Y con decir: «Acá está», nos contentamos! Un elefante, con ver sangre derramada, toma ánimo para pelear; y el esposo, viendo a su esposa delante, toma ánimo para defenderla, y no hay alguno tan cobarde que no defienda a su mujer. ¡Y que no tomemos ánimo, viendo la Sangre de Jesucristo ante nosotros, para pelear contra los enemi-

(13) *Relicario* Sagrario.

gos! ¡Y que no tengamos allí nuestra confianza, nuestro ánimo, nuestro consuelo! Plega a Dios que no nos castigue con quitarnos^a la lumbre de la fe. Pues en eso empleas tu ánima, que te la quiten. Entonces me vengaré. Así será su venida, bien para unos y mal para otros. Veslo aquí: para quien lo recibe, ayuda, y es paga de sus pecados; y para otros que no lo recibieron, condenación.

Mas ¿qué trabajos y cuidados ponéis en hacer cálices, y ver si son menester corporales y lumbre y otras cosas para este Huésped?; sino en hacer vajillas, y vestidos y comidas para los gusanos.

¿En qué estábamos? No nos estaríamos hasta la noche predicando. Allí estábamos: *Animam meam convertit*. «Volvióme el ánima mía.» Así que no habéis de comulgar tanto ni tan poco: las Pascuas, las fiestas, para lo que se ha perdido entre año, que se gane entonces, y las otras veces con parecer del prudente y sabio confesor (14).

Está Elías desmayado, cansado, durmiendo; come, y levántase y anda *cuarenta días* con un bocado de pan. Córtenme esta cabeza con que lo digo, si no lo halláredes así. Y así ¿estás triste, tibio, desmayado, tentado, perseguido de tus enemigos? Vete a este Santísimo Sacramento, confiesa, comulga, y hallarte has consolado, contento, esforzado, con nueva fuerza para andar el camino de Dios. ¿No es éste *el Cáliz que harta y embriaga*?

Dirás: Yo no tomo la Sangre. —Sí tomas, que con el Cuerpo está. En el Pan está el Cuerpo *ex vi Sacramenti*, porque la forma del consagrar del pan lo significa así; y porque no puede estar el Cuerpo sin la Sangre, dicese [ella] estar allí *ex concomitantia*. En el cáliz está la Sangre *ex vi Sacramenti*, y el Cuerpo *ex vi concomitantiæ*, o compañía, que todo es uno. De manera, que junto está Cuerpo y Sangre en cada una de las especies. Por eso no diga nadie: «Poco me dais a mí.» Que no se consagra en dos especies, sino para darte a entender que en el tiempo de la Pasión se apartó el Cuerpo de la Sangre; y para significar esto, se hace.

Pues a tan buena mesa te asientas, sábetelo aprovechar. Pues el manjar es Cristo, la divinidad harta

(14) Y las otras veces..., confesor; falta en a edición de 1596.